

1582

CONTEXTO HISTORICO DE LA FUNDACION DEL PRIMER MONASTERIO DE SAN BENITO EN TIERRAS DE AMERICA, SAN SALVADOR DE BAHIA, BRASIL*

II

San Salvador de Bahía de Todos los Santos, año de 1581.

De acuerdo con su deliberada política de conciliación en el Portugal, Felipe II confirmó a todas las autoridades establecidas, tanto en el reino como en ultramar. Con ello también quedó fortalecida la posición del gobernador general del Brasil, Lorenzo da Veiga (1578-1583), bajo cuyo gobierno los benedictinos se establecerían en el Brasil.

Lorenzo da Veiga era el quinto gobernador general del Brasil, desde que el primero, Tomé de Sousa, había iniciado en 1538 por orden de Juan III la colonización sistemática de la Tierra de la Santa Cruz o Brasil, descubierta por Alvarez de Cabral en 1500. Tomé de Sousa había salido de Lisboa con una escuadra de 6 buques, 400 soldados y 600 "degredados", es decir, presidiarios. Pronto se le unieron los jesuitas bajo el P. Manuel de Nóbrega (1517-1570), que junto con José de Anchieta (1533-1597) compartiría los honores del primer apostolado del Brasil. Tomé de Sousa, que fue gobernador general hasta 1553, fundó en 1549 la ciudad de San Salvador de Bahía, que sería la capital del Brasil, hasta que en el siglo XVIII la sede del gobierno se trasladaría a Río de Janeiro. Sucedería a Tomé de Sousa, Duarte da Costa (1553-1557), bajo cuyo gobierno los hugonotes franceses se infiltrarían en algunos puntos de la costa brasilera. El tercer gobernador, Mem de Sá (1558-1572), con la ayuda del P. Nóbrega, logró expulsar a los franceses y fundar Río de Janeiro. Lo sucedió en 1572 Luis de Brito, cuarto gobernador, quien en 1578 renunció en favor de nuestro Lorenzo da Veiga, cuyo gobierno fue corto y dificultoso, debido a los franceses y su contrabando. En 1583 el Consejo de Portugal le daría sucesor en la persona de Manuel Telles Barreto.

A la llegada de los hijos de San Benito en 1581 y 82 Bahía no era la esplendorosa ciudad de barroco tropical que hoy nos deslumbra, sino apenas algo más que un campamento militar, rodeado de empalizadas y con un puerto de bastante movimiento, puesto que recalaban en él todos los buques que iban o venían del Portugal a las Indias Orientales. Desde 1552 residía en la ciudad un obispo y los dos apóstoles del Brasil, Nóbrega y Anchieta, habían recorrido sus empinadas calles y residido temporalmente en ella. Pero la vida propiamente tal, la vida intere-

* Ver la I Parte en C.M. 67, octubre-diciembre 1983.

sante del Brasil no transcurría en este estrecho recinto de militares y funcionarios, sino en las haciendas del interior y en las misiones del Sur.

Habíamos dejado al primer monje benedictino, fray Pedro de São Bento Ferraz, recibiendo de los esposos Condestável los terrenos junto a la ermita de San Sebastián, en vistas de una futura fundación monástica. Con la esperanza de obtener las necesarias licencias el Padre se dirigió después al "Senado da Câmara" de la ciudad. Este gremio cívico cortésmente declinó la responsabilidad en el obispo, que lo era en aquel entonces D. Antonio Barreiros. Este, que anteriormente había tenido un cargo comendatario en São Bento de Avis, Portugal, estampó su beneplácito en el siguiente documento:

"Yo, por mi parte, consentiré (en la fundación), por parecerme que será de mucho servicio de Nuestro Señor y fruto en almas implantarse en estas partes la Orden del glorioso Padre San Benito. Si el Sr. gobernador y los demás oficiales de cámara convinieren en esto, entregaré la ermita de San Sebastián al recogimiento que se hará para los religiosos. Mandaré hacer entrega de los ornamentos y demás objetos de dicha ermita y las limosnas ya aplicadas por inventario a fray Pedro. En el caso de que no se construya el dicho recogimiento, me dará cuenta de dichos ornamentos y del gasto de las limosnas que se harán en la obra de dicha ermita.

A quince días del mes de abril del año ochenta y uno.

El Sr. obispo".

Por su lado el capitán general gobernador de los estados del Brasil, Diego Lorenzo da Veiga, confirmaba el mismo día la generosidad episcopal, dando también licencia para la fundación, con las siguientes palabras:

"Páreceme bien esto, por las razones que el Sr. obispo aduce en su nota y estoy de acuerdo que todo se haga del modo como él dice que se haga. Hoy, quince de abril de mil quinientos ochenta y uno.

Lorenzo da Veiga"⁶

Este día era un sábado. El día siguiente, domingo 16 de abril, tenía lugar en la ciudad de Thomar, al norte de Lisboa, la solemne jura y entronización de Felipe II como rey del Portugal. El monarca había extremado las medidas para evitar todo roce con el sentimiento nacional lusitano. Para las cortes convocadas el 20 de abril en Thomar no había invitado a ningún extranjero, ni siquiera a su sobrino el archiduque Alberto de Austria, se rodeó sólo de portugueses y no otorgó ningún cargo sino a ellos. En presencia de toda la corte portuguesa, precedido del duque de Braganza y vestido de oro y carmesí, entró Felipe II a la catedral de Thomar y se ciñó la corona de los antepasados de su madre, la emperatriz Isabel, mientras el pueblo clamaba: "Real, real, por don Felipe, rey de Portugal". Cantado el Tedeum, el rey pasó a la sacristía, depositó ante la imagen de Cristo la corona, el cetro y el manto escarlata y pronunció en voz alta las palabras iniciales del salmo 130:

6. Lohr Endres, oc. 37-38.

“Domine, non est exaltatum cor meum, neque elati sunt oculi mei,
neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me”

(Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas, que superan mi capacidad).

Era esta una digna manifestación de la virtud personal del rey católico, en el momento en que por la fusión del imperio español y el portugués en sus dominios realmente ya no se ponía el sol. Las cortes se abrieron cuatro días más tarde, en la misma Thomar y en ellas el rey otorgó perdón general a sus enemigos, excepto al pretendiente don Antonio, que en unión con los protestantes seguía intrigando contra él. Pasado por fin el peligro de la epidemia de influenza, la corte se desplazó hacia Lisboa y el 27 de julio de 1581 Felipe II hacía su entrada a la capital de su nuevo reino. Con su humildad y afabilidad se había ganado muchas simpatías y oyóse decir: “Oh rey Felipe, mal empleado en castellanos”. En otras palabras: pensaban los portugueses que el monarca era mejor que sus súbditos castellanos.

Acreditan ampliamente aquellos sentimientos de humildad y humanidad del rey viudo las cartas que escribiría desde Lisboa a sus hijas Isabel Clara Eugenia y Beatriz, de 14 y 13 años respectivamente, que se habían quedado en el Escorial. Comenta con ellas con sereno buen humor su vida diaria en Lisboa y responde a lo que le escriben las infantas sobre ellas y sus dos hermanitos Diego y Felipe. Está con él la enana María, que ha traído consigo desde España. La enana con su cabezota y altivo semblante goza de la libertad de los hijos de Dios en su más alto grado y así, aunque en los dominios de su rey jamás se ponga el sol, ella puede irrumpir en cualquier momento en el despacho real y decir lo que primero se le venga a la mente, segura de una buena acogida y de las sonrisas de ministros, embajadores y secretarios reales. A veces también se aficiona demasiado a la jarra de buen vino de la mesa real y la encuentran dormida sobre la alfombra o entregada a melancolías. Entonces es al rey al que le toca levantarle el ánimo a la enana, habitualmente encargada del ambiente alegre en las estancias reales. Otras veces, ambos, el rey y la enana, se sientan juntos frente a la ventana del palacio y se recrean observando las carabelas, los veleros y cientos de pequeñas embarcaciones que circulan por el Tajo. Allí son las pláticas de confianza, las risas, las salidas chistosas de la enana. Cuando le viene un día al rey con que está cansada de su menuda existencia y harta de mirar el río y el mar y que optará por arrojarse al Tajo o colgarse de alguna viga, el monarca la amenaza con quitarle la ración de vino y la decaída enana recobra de inmediato su cristiana sensatez. De todo esto nos enteramos por las cartas de Felipe II a sus hijas, y así leemos también en una misiva de marzo de 1582:

“Es tan tarde que no tengo tiempo para contaros más, excepto que fray Luis de Granada predicó aquí hoy en la capilla y muy bien por cierto, a pesar de ser muy viejo y no tener dientes”.

Reconciliados estaban, pues, Felipe II y fray Luis de Granada y superado el enojoso malentendido de aquel “breve papal”, falsificado por frailes olvidadizos, por amor a la patria, de su dominicano lema “Veritas”. Tan reconciliados estaban, que el rey emprende muchas veces el camino desde palacio al convento de Sto. Domingo y a la celda de fray Luis. Cuando éste, por sus achaques guarda cama, el monarca se sienta en el borde del lecho y así conversan. Al igual que el duque de Alba, se confiesa a veces con el venerable anciano. Cuando 16 años más tarde Felipe II agonice en el Escorial tendrá siempre como lectura espiritual obras del recordado

dominico. Es así que en los mismos días que la duquesa de Alba visitaba a la enferma Teresa de Jesús en su celda del Carmelo de Alba, el rey de España hacía lo mismo con fray Luis de Granada en la celda de éste, en Sto. Domingo de Lisboa.

Dejemos a Felipe II gobernando su imperio desde Lisboa, de julio de 1581 a febrero de 1583 y retornemos a la ciudad de San Salvador de Bahía, en el Nuevo Mundo. Allí fray Pedro de São Bento, con las licencias del obispo y del gobernador en las manos, cumple los trámites pertinentes con los oficiales del "Senado da Câmara", que labraron el siguiente documento:

"A los diez días del mes de junio de mil quinientos y ochenta y un años, en esta ciudad de Salvador, en las casas de la cámara, estando todos sus oficiales reunidos, el R.P. fray Pedro de São Bento mostró la preocupación y los poderes (sic) de su general, para edificar monasterio en esta tierra, además de una carta que escribe a esta Cámara en la que dice que desea mostrar con obras la voluntad que tiene de hacer a esta tierra todo el favor espiritual y lo demás que fuere en provecho de ella; y visto cuán importante para las almas sea el tener religiosos en esta tierra, para que por medio de sus oraciones y sacrificios vaya más adelante, le concedemos la ermita de San Sebastián, en cuanto de nosotros depende y le haremos todos los favores posibles y lo pondremos en posesión de dicha ermita. Al Sr. obispo le pedimos le mande dar todo lo debido a ella y al Padre que cumpla ante Su Señoría las obligaciones necesarias. En el caso de que no se haga la construcción del monasterio, quedará la ermita como antes estaba. Sin ninguna otra obligación.

Firman: Gabriel Suárez de Souza, Fernando Vaz Freire, Antonio Fernández Pantoja, Pedro Velho Galvao, Antonio da Costa, Jerónimo Miz. Ribeiro".

El primer benedictino podía dar por felizmente cumplida su misión exploradora en el Brasil. Llevaba muchas cartas de petición al P. abad general para que se animase a fundar en el Brasil, ya que según fray Pedro de São Bento había allí "muchos devotos de nuestro glorioso Padre San Benito y todos estarían dispuestos a aceptar la hermandad de nuestra Orden".⁷

Cuando llega el monje a Lisboa, de vuelta del Brasil, la capital había recibido hacía pocos días con mucho clamor popular a su nuevo rey. En su cortejo, compuesto por nobles lusitanos, sólo se destacaba la castellana presencia de la enana María, que en ocasiones como éstas solía exteriorizar mucho sentido de gravedad y dominio de sí, tanto más que le llovían puyas de la necia muchachada de la calle.

El Rvdo. P. abad general, fray Pedro de Chaves recibió al monje y sus auspiciosas noticias "dando a Dios las debidas gracias".

Chile, Perú, Tucumán, Río de la Plata entre 1580 y 1582.

En Lima el gran virrey don Francisco de Toledo ha llegado casi al término de su exitoso gobierno (1569-1581) y toma las últimas precauciones para el adelanto de las gobernaciones de Chile, Tucumán y Río de la Plata, dependientes de él.

7. Lohr Endres, o.c. 39.

De Chile, como siempre, habían llegado noticias de dificultades y desastres. El anciano gobernador don Rodrigo de Quiroga (1575-1580) le había escrito que después de tantas luchas contra los indios araucanos certificaba que a la postre en ese momento él y sus hombres luchaban "por sólo escapar la vida". Para colmo de males el famoso pirata Francis Drake había aparecido en 1578 en las costas del Pacífico y en diciembre de ese año había saqueado Valparaíso, asolando durante un tiempo las costas chilenas y peruanas. En febrero de 1580 se había agravado la ya larga enfermedad de D. Rodrigo de Quiroga y después de haber escrito sendas cartas al rey D. Felipe y a su primo el cardenal arzobispo de Toledo, D. Gaspar de Quiroga —cuyo magnífico retrato pintaría el Greco— de haber encargado 30 misas por su descanso y haber dado libertad a una esclava negra que lo había servido durante 30 años, expiró santamente el 25 de febrero de 1580.

El pueblo de Santiago de Chile, pasando por sobre la voluntad del difunto gobernador, pues éste había pedido para sí "entierro de pobre", le hizo honras solemnes y le tributó el mayor homenaje de respeto y cariño que hasta entonces se había presenciado en Chile. Se le sepultó en la iglesia de la Merced y sobre su tumba algún poeta espontáneo colocó el siguiente soneto:

"Rodrigo de Quiroga está metido
en esta dura tierra y sepultado,
que por ser de virtud claro dechado
la muerte lo llevó como a escogido.

Vivió en la guerra y nunca fue vencido,
con haber muchas veces peleado;
fue de sus capitanes muy amado
y de sus enemigos muy temido.

Gobernó muchos años esta tierra,
fue espejo de humildad y de paciencia
y de ser, de valor y de cordura.

Y ansí le vino Dios por su clemencia,
sacándolo por fuerza de la guerra,
a poner en su propia sepultura".

Le sucedió interinamente en el cargo, hasta el 18 de junio de 1583, su yerno Martín Ruiz de Gamboa. De su gobierno dice el cronista Mariño de Lobera:

"Iban las cosas tan de mal en peor, que no había otra cosa sino guerras y desventuras y mucha hambre y desnudez, sin género de alivio o socorro humano. A esto se añadió una plaga de ratones, tan innumerables que cubría la tierra y no solamente se entraban por las casas y chacras a comer lo que había comestible; pero también acudían a las cunas de los niños y los mataban, comiendo parte de ellos. Viendo los indios los escuadrones tan copiosos de estos animalejos, decían que los ejércitos españoles se habían convertido en ejército de ratones".⁸

8.. Encina, Historia de Chile II, pág. 76.

Don Francisco de Toledo frunció el ceño: Chile, guerras y sinsabores, era todo uno. En fin, su sucesor, don Martín Enríquez tendría que ver cómo seguir adelante con el virreinato. El había hecho lo posible por sentar las bases de una política de concentración de los indígenas en pueblo, para llevarlos así a policía y cristiandad. En el último año de su gobierno había recibido confortantes noticias del Paraguay: el incomparable franciscano fray Luis de Bolaños (1539-1629), que desde 1574 misionaba en Asunción, había fundado la primera reducción de indios guaraníes en un lugar llamado "Los Altos", a poca distancia de la capital (1580). Ampliaría después su experiencia misionera en las reducciones de Ytá, Yaguarón y Caazapá. Así los frailes seráficos iniciaban en el Paraguay el método misionero de los pueblos de indios, que los hijos de San Ignacio llevarían a una dimensión mundialmente famosa.

También estaba ya designado un fraile dominico, fray Alonso de Guerra, para tercer obispo de la Asunción. Por el momento, en 1580 y 1581, se quedaba en su convento de Lima, en espera de que llegase el nuevo arzobispo de los Reyes, el Ilmo. Toribio de Mogrovejo, para recibir la consagración episcopal de sus manos. En el mismo convento del Rosario de Lima se encontraba en 1580 otro fraile dominico, don Francisco de Vitoria, primer obispo del Tucumán, que tampoco había aún entrado en su diócesis. Era, como quien dice, el Abraham de los obispos de la Argentina.

Para el Tucumán el virrey había designado también nuevo gobernador en la persona de don Hernando de Lerma (1580-1584) con el encargo preciso de fundar una ciudad que sirviese de eslabón entre el Alto Perú y Santiago del Estero. Política del virrey Toledo había sido la de consolidar la penetración española, reforzando las vías de comunicación entre el Perú, Chile y el Tucumán. En carta a Felipe II había manifestado ya en 1572:

"Entre los fines de este reyno del Perú y las poblaciones más cercanas de Tucumán y Sta. Cruz había cien leguas de despoblados que era causa que los forajidos y delinquentes que acá no se podían sustentar se pasaban allá, donde siempre andaban imaginando ruindades sin ser posible poderlos castigar. Y los que de ordinario residían en aquellas gobernaciones vivían muy sin respeto de la justicia superior que debían reconocer y por esto con mucha libertad. Y agora con estas poblaciones que se han mandado hazer se unirían aquellas provincias con este reyno y se escusarán los inconvenientes que estando tan distantes había y con más facilidad y temor dellos se podrán gobernar y asentar en lo espiritual y temporal".⁹

Había llegado la hora de realizar estos planes y por ello inculcaba el virrey a Hernando de Lerma:

"que luego como llegáredes al dicho gobierno del Tucumán, antes que se haga otra población, dentro de un año, deis orden como la dicha población se haga en la parte y lugar del dicho valle de Salta o Caichaquí, que más conviniere".¹⁰

9. R. Levene, Historia de la Nación argentina, III, Bs. As., 1937, p. 372.

10. o.c. 375.

En vez de eso, lo primero que hizo el iracundo gobernador al llegar a Santiago del Estero fue prender a su antecesor Gonzalo de Abreu (1574-1580) y ajusticiarlo. En seguida las emprendió contra la autoridad eclesiástica, personificada por el deán Francisco de Salcedo. La entrada del primer obispo, don Francisco de Vitoria, en enero de 1581, lejos de apaciguar el conflicto, no hizo más que avivarlo. Entre peleas y encuentros incesantes llega por fin el año 1584, en que la Real Audiencia de Charcas siente que es necesario intervenir y el irascible gobernante es esposado, trasladado a Charcas y después a España, para dar finalmente con sus huesos a una cárcel madrileña, donde fallecerá en 1591.

Sólo una gloria tendrá en la historia el atrabiliario gobernante y es la de haber sido el fundador de la hermosa ciudad de Salta, en cumplimiento de lo dispuesto por el virrey Toledo. Le costó a Lerma reunir los 95 hombres que salieron con él en enero de 1582 de Santiago del Estero hacia el Norte. El 16 de abril de 1582 se hizo la fundación de la nueva ciudad, llamándola "Lerma" a secas. Pero los vecinos del Tucumán, por su animadversión contra el gobernador, la llamaron Salta. Desde 1588 su nombre oficial sería "San Felipe de Salta". A diferencia de otras ciudades fundadas en aquel entonces en el Noroeste argentino, Salta prosperó rápidamente y a fines del siglo ya no podía ser borrada del mapa.

Un año antes de esta fundación de Salta y un año después de la fundación de Buenos Aires (1580), exactamente el 20 de mayo de 1581, hacían su entrada en la ciudad de los Reyes el nuevo virrey don Martín Enríquez y el nuevo arzobispo Toribio de Mogrovejo (1535-1605). En agosto de aquel mismo año el enérgico pastor convocó a todos sus sufragáneos a un concilio que se abriría en la ciudad de Lima el día 15 de agosto de 1582. En él se estudiaría la aplicación de los decretos tridentinos a las Iglesias de América del Sur. Previo a este concilio tendría lugar el sínodo diocesano de Lima, entre el 24 de febrero y el 18 de marzo de 1582. Después de estos anuncios el arzobispo, sin perder tiempo, partió para su primer viaje pastoral por su dilatada arquidiócesis. La mayor parte de su vida la consumiría el celoso obispo en tales visitas pastorales, y en la última de ellas moriría en la choza de paja de un indio serrano, el jueves santo de 1605.

El 15 de agosto de 1582 se inauguraría efectivamente el Tercer Concilio de Lima, con la misa del Espíritu Santo celebrada por Toribio en presencia del virrey. Pocos días antes, el 12 de agosto, había impartido la consagración episcopal a Fray Alonso de Guerra, destinado a Asunción. En la solemne inauguración del concilio estaban presentes, fuera del arzobispo y del obispo del Paraguay, los dos de Chile, ambos franciscanos, fray Diego de Medellín, obispo de Santiago desde 1576 y fray Antonio de San Miguel, obispo de La Imperial, desde 1571 y el obispo del Cuzco, Sebastián de Lartaún (1570-1583). En octubre de 1582 llegaría el santo y anciano obispo de Quito, Pedro de la Peña (1565-1583). Sólo en marzo del 83 llegaría el obispo del Tucumán, fray Francisco de Vitoria y el de Charcas, Alonso Avalos de Granero (1579-85). Para desgracia del concilio y de su presidente, el arzobispo Toribio, el 7 de marzo fallecía el obispo de Quito y el 12 el virrey Enríquez, de modo que el arzobispo quedó sin mucho respaldo cuando sus colegas en el episcopado comenzaron a enredar los caminos del concilio con una oposición poco edificante. El cambio de calendario en la noche del 4 al 5 de octubre de 1582, sorprendería a los PP. conciliares en su aula conciliar, que era la sala capitular de la catedral de Lima. El Concilio más importante de la historia de la Iglesia sudamericana en el período español se clausuraría el 22 de octubre de 1583.

El mismo año del concilio tendría lugar en Lima la fundaci3n por el virrey Enríquez del colegio de San Martín, destinado a la enseñanza de las leyes, la teología y las letras, confi ndolo a los PP. de la Compa a de Jesús. Hasta 1767 se educar an en él unos 5.000 alumnos. Fue su primer rector del P. José de Acosta S.J., principal te3logo del concilio de Lima.

Este concilio sería la gran aventura de santo Toribio de Mogrovejo, no solamente por haber logrado en él la carta magna pastoral de la Iglesia de América del Sur, sino también por haberlo obtenido superando con increfible paciencia y humildad los tropiezos que le pusieron sus colegas, ante todo el discutido obispo de Cuzco, Sebastián de Larta n y el inquieto fray Francisco de Vitoria del Tucumán.

Otras eran las aventuras de Juan de Garay y de su esforzado yerno Hernandarias de Saavedra, a miles de leguas al Sur. Ellos eran hombres del aire libre, de interminables cabalgatas por las pampas del Río de la Plata. Casi no se puede calcular cuántas veces hicieron el trayecto entre Asunci3n, Santa Fe y Buenos Aires, solos o acarreando animales. Después de haber fundado la ciudad de Buenos Aires, el 11 de junio de 1580, Garay había retornado a su hogar en Santa Fe. En febrero de 1581, estaba de nuevo en Buenos Aires, acompañado esta vez de su yerno Hernandarias. Pasaron la Semana Santa en la incipiente ciudad y después decidieron tentar suerte, también ellos, con una expedici3n al legendario país de los C sares. Pocos años antes el malhadado gobernador del Tucumán, Gonzalo de Abreu, había tentado lo mismo en el Noroeste, en vez de fundar las ciudades que le había encargado el virrey Toledo. Pero gracias a esa búsqueda de una quimera descubri3 y explor3 el camino entre C3rdoba y Mendoza. Ahora, pues, la misma quimera iba a traer a Juan de Garay y al joven Hernandarias a las inmensas pampas al Sur de Buenos Aires. Se sabe que en noviembre de 1581 habían llegado a las regiones de Tandil y de Mar del Plata. Defraudados en su búsqueda, como todos los que la habían emprendido hasta entonces y todos los que la emprenderían después de ellos, en enero de 1582 estaban de vuelta en Buenos Aires y en marzo abrazaban a sus respectivas esposas en Santa Fe. Al mes siguiente subieron el río hasta Asunci3n. En diciembre de 1582 Garay estaba otra vez en Santa Fe, celebrando las últimas Navidades con su familia. En febrero de 1583 recibía en esta ciudad al nuevo gobernador de Chile, Alonso de Sotomayor, que en enero de ese año había llegado a Buenos Aires en la flota de Flores de Valdés y de Pedro Sarmiento de Gamboa, destinada al Estrecho de Magallanes, donde por orden del rey se iban a fundar dos ciudades. En marzo de 1583 Garay estaba por última vez en la ciudad que fundara, pues en su viaje de retorno al Norte, los indios le tendieron una emboscada en la que fue muerto. El hermano del gobernador de Chile, Luis de Sotomayor, que aun se encontraba en la regi3n, organiz3 una expedici3n punitiva contra los que habían matado al hidalgo fundador de la futura capital de la futura Argentina.

Los sucesos de Lisboa, fines de 1581 y de Bahía, comienzos de 1582.

El 29 de septiembre de 1581 se reunía el 4.  capítulo general de la Congregaci3n benedictina lusitana en el monasterio de São Bento el Antiguo de Lisboa. Fray Pedro de Chaves había cumplido con creces el período de diez años de direcci3n de la reforma, para el cual en 1569 lo había designado el difunto rey don Sebastián. Es probable que los acontecimientos de aquellos años de guerra lo indujeran a seguir en el cargo de abad general más allá de 1579. En el capítulo fuele dado sucesor en el otro monje español de Montserrat, Fray Plácido de Villalobos, intrépido

compañero del reformador desde que el abad fray Diego de Lerma los enviara al Portugal. Felipe II podía, pues, estar tranquilo: entre los benedictinos no se producirían los disturbios que por esa época agitaban a la provincia dominicana, pues la dirección superior estaba firmemente, pero al mismo tiempo amigablemente, en manos españolas.

En la sesión del 7 de octubre de 1581, "estando todos los capitulares juntos" y estando presente el ex-abad general fray Pedro de Chaves, se trató de las diligencias efectuadas, por mandato del P. reformador, de parte de fray Pedro de São Bento Ferraz en la ciudad de San Salvador de Bahía y del éxito obtenido por su habilidad junto a las autoridades competentes. Se decidió responder afirmativamente al interés de los habitantes del Brasil, *"para que en la ciudad de Bahía se fundase un monasterio de monjes benedictinos, a fin de que en aquella cuarta parte del mundo se empleasen en los ejercicios de virtud y piedad, así como lo estaban haciendo en toda Europa en la sucesión de tantos siglos, con gran provecho para la Iglesia católica y adelantamiento espiritual de las almas"*.

Leídas las licencias del Sr. obispo de Bahía, del Sr. gobernador y de los oficiales de cámara de Bahía, así como las cartas "de muchas personas", que había traído fray Pedro, se discutió este "negocio de mucho servicio de nuestro Señor", dejando al final las decisiones definitivas en manos del P. abad general fray Plácido de Villalobos, con la única condición de que no se enviasen allende del océano sino a los que tuvieren voluntad y ánimo para ello. El abad general seleccionó entonces para primer superior de la fundación americana al P. Fray Antonio Ventura, dándole como colaboradores a los tres monjes brasileiros Fray Pedro de São Bento Ferraz, Fray João Porcalho y Fray Manuel de Mesquita y a los portugueses Fray Plácido de la Esperanza, Fray José, un corista y subdiácono llamado Francisco y dos hermanos donados llamados Fray Juan y Fray Benito, "todos los ocho (nueve con el superior) dotados de las prendas aptas para servir a Dios y a la religión".

De parte de la Congregación benedictina portuguesa todo estaba pues dispuesto para hacer la primera fundación monástica del Nuevo Mundo. Sólo faltaba la provisión regia, de la que escuetamente sólo se dice que "foi alcançada".

Llegamos así a un punto de sumo interés para la historia monástica del Nuevo Mundo, y es que el rey que dio la autorización para la fundación y que se encontraba sólo a pocas cuadras de distancia del aula capitular, era nada menos que Felipe II, que en sus dominios hispanoamericanos sólo había dado concesión de fundar a las cuatro órdenes mendicantes de los franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios y a los clérigos regulares de la Compañía de Jesús. Dada la meticulosidad de Felipe II, su estrecho contacto con fray Luis de Granada, que sabía todo lo que pasaba en los conventos y monasterios de Lisboa, y todo su estilo de gobierno, es imposible que el monarca no estuviese enterado hasta los últimos detalles de lo que estaban deliberando los monjes benedictinos. Sabemos, por ejemplo, que el 5 de abril de 1582 saldrían del puerto de Lisboa los cinco primeros carmelitas destinados a las misiones y que el rey en persona, desde el muelle, daría la orden de partida. Es, pues, muy probable que pasaría algo parecido con el grupo de monjes que partirían hacia el Brasil en aquella misma época, un poco antes o un poco después. Las fuentes hablan de "primavera de 1582". Estamos ante una laguna, que algún diligente historiador, más próximo a las fuentes documentales que nosotros, podría llenar con provecho de todos. En síntesis, se trataría de averiguar a fondo la relación entre Felipe II, la campaña del Portugal y la fundación bene-

dictina en el Brasil.

En esa misma época de su residencia en Lisboa, Felipe II fue visitado por su hermana María, la emperatriz viuda de Maximiliano II de Austria, madre de 15 hijos, entre ellos la difunta esposa de Felipe II, la reina Ana de Austria; el archiducque-cardenal Alberto de Austria, a quien el rey dejaría el gobierno del Portugal a su retorno al Escorial; el emperador de Alemania Rodolfo II y el futuro emperador Matías, bajo cuyo desgraciado gobierno estallaría en el centro de Europa la guerra de treinta años. La emperatriz María, nacida en 1528 al enviudar había decidido dejar su residencia en Praga para terminar sus días en el convento de las Reales Descalzas de Madrid, fundado en 1557 por su hermana Juana (1534-1573), la madre del difunto rey Sebastián del Portugal. Para el visitante de este interesantísimo convento madrileño, en el que aún residen las monjas clarisas, pero que a ciertas horas del día puede ser visto en sus partes más antiguas, es sorprendente encontrar aquí las huellas y los retratos de casi todas las personas que ocupan la escena en el presente relato: Vemos el cortejo de damas y caballeros que salen de la residencia imperial de Praga, acompañando a la emperatriz María en su retorno a la patria española. Todas las damas llevan sus rostros cubiertos con antifaces negros. Según la guía del museo, esto habría sido para protegerse del sol o para evitar miradas importunas. En otro retrato vemos a la misma emperatriz viuda ya vestida de monja, con las manos plegadas en oración y con su rostro inconfundible de hija de Carlos V. Vemos en otra sala el rostro tenso y obstinado del rey Sebastián, por cuya culpa se produjo la crisis dinástica del Portugal, varios retratos del real hermano Felipe II, pero en un rincón —un rayo de sorpresa y alegría nos atraviesa el pecho— la enana, un retrato de la enana de Felipe II, junto a la infanta Isábel Clara Eugenia, la hija favorita del rey, a quien desde Lisboa éste escribiera de las vicisitudes lusitanas de la enana. La infanta aparece en el cuadro en todo el esplendor de su pesado traje cortesano y con esa suprema dignidad que irradian las personas de alcurnia en la pintura de Velázquez y del Greco y a su lado, sin ningún tapujo, la enana pequeña y de fea cabezota, pero con una mirada absolutamente segura de sí misma, como si dijera: “¿Y por qué no?” (“¿Acaso no somos las dos, la infanta y yo, simples hijas de Dios?”).

El encuentro entre los reales hermanos, Felipe y María, en Lisboa, es de intensa emoción, pues los dos no se habían visto desde la fecha en que María había partido a Alemania por orden de su padre Carlos V, para casarse con su primo Maximiliano II, unos treinta años atrás. La valerosa mujer, madre de 15 hijos, había sido factor decisivo en la mantención de la fe católica en la corte de Viena, dadas las vacilaciones y el cuasi-protestantismo de su esposo. Los dos, aunque casados por conveniencias políticas, habían terminado por amarse sinceramente, de modo que María había podido conseguir mucho o casi todo, cayendo de rodillas ante su esposo, cada vez que éste parecía favorecer demasiado la causa de los innovadores. Con un tierno “Pero, Max!” solía ella quedarse en esa posición hasta que el emperador, conmovido terminaba por alzarla en sus brazos. Mientras Pedro Canisio y otros predicadores combatían por la fe católica desde los púlpitos, la hija de Carlos V hacía lo mismo en la alcoba o durante los almuerzos imperiales. Terminados los días de convivencia en el palacio real de Lisboa, en que de seguro la enana había contribuido a favorecer un ambiente distendido, María siguió viaje a España para reunirse en las Descalzas reales de Madrid.

No sabemos en qué momento exacto los nueve hijos de San Benito se embarcaron para emprender viaje al Brasil. Sólo que tenemos que tener en cuenta el dato

de que los partidarios del pretendiente don Antonio se habían refugiado en las Islas Azores y que desde allí habían asolado la isla de Madeira y las Canarias, hasta que la escuadra española del marqués de Sta. Cruz desalojara definitivamente, en julio de 1582, estos últimos núcleos de resistencia a la unión hispano-portuguesa. Los monjes tuvieron que navegar, pues, por zonas de guerra. Nada de eso se vislumbra a través de los documentos benedictinos, que, en general, se abstienen de toda alusión a los sucesos de esos tiempos. Hay que esperar hasta las actas del 5º capítulo general, que se celebraría en septiembre y octubre de 1584 en el monasterio de Santa María de Pombeiro, para encontrar una frase como la siguiente: "gobernando la Sede apostólica por divina misericordia nuestro muy santo Papa Gregorio XIII y reinando en este reino de Portugal el muy católico y poderoso rey don Felipe II"...

El hecho es que los nueve monjes benedictinos llegaron sin novedad a Bahía, donde fueron recibidos por los moradores "com demonstração de alegría respeitosa". Fray Antonio Ventura era ya de edad avanzada cuando fue designado para ser el "fundador de la religión benedictina en los estados del Brasil". Quiso la Providencia que este primer abad de América llevase el mismo nombre del iniciador más conocido de la vida monástica antigua: Antonio. En Bahía los monjes desde el embarcadero se encaminaron directamente a la ermita de San Sebastián para su primera oración en tierras americanas y se instalaron después en las habitaciones contiguas a la ermita, trazando de inmediato los límites de la clausura. He aquí el esquema de la primera alocución que el Presidente (Prior) Antonio dirigió a su pequeña comunidad en tierras brasileras:

"Les encareció la importancia del negocio a que habían venido y del trabajo de que estaban encargados, como era el de fundar un monasterio. Dijo que Dios los había traído a salvar a tierras tan distantes y que los había colocado en un lugar tan suficiente y acomodado para este propósito. Que por la merced del mismo Señor habían encontrado bien dispuestas las voluntades de los moradores (de Bahía) para ayudarles. Ahora, por su parte, él les pedía empeñarse con todas sus fuerzas primero en el servicio de Dios y después en el trabajo de la Orden, para lo cual estaban destinados. Finalmente les advirtió que la ejemplaridad de su vida podía ser el mejor aliciente, tanto de las limosnas para fundar el monasterio, como del patrimonio para el sustento de los monjes".

(Dietario de Bahía, L E 44)

Sin tardanza el P. Antonio Ventura y sus monjes pusieron manos a la obra para la construcción del monasterio. "Todos trabajaban, sirviendo con desvelo, sin que ninguno se ausentase". También colaboraron los habitantes de la capital, de modo que ya en 1584 una parte de los edificios construidos podía ser habitada.

Según el dietario de Bahía, los hijos de San Benito

"en breve tiempo dieron a conocer a los habitantes de la tierra que la honra de Dios y el celo de las almas eran el fin único que los traía a establecer en esta cuarta parte del mundo una religión tan noble como esclarecida, porque en aquellos pocos monjes de que se componía la comunidad vieron y admiraron la observancia de las reglas y de los estatutos, la perfección del culto divino y de las ceremonias, la frecuencia en el púlpito y en el confesionario y finalmente el ejemplo en las

acciones y en las virtudes" (L.E. 45).

Fue, pues, en el año 1584 que los nuevos religiosos del Brasil comenzaron a habitar su monasterio de San Sebastián de Bahía y que el 5º capítulo general elevó la fundación a la categoría de abadía y a su presidente (Prior) Antonio Ventura a la dignidad de abad. Las actas capitulares señalan que la nueva abadía brasilera gozaba de todos los privilegios, indultos, gracias y facultades de la congregación benedictina portuguesa, así como de las congregaciones de Castilla (Valladolid), Monte Casino y Sta. Justina de Padua.

El desarrollo de la vida monástica era tan promisor que ya en 1586 el abad Antonio Ventura podía enviar al P. João Porcalho —uno de los primeros fundadores— a fundar a su vez el monasterio de Olinda. El primer abad benedictino del Nuevo Mundo falleció en 1591, en olor de santidad, pues, según testimonios contemporáneos fue "un prelado que por mar y tierra siempre trataba a sus súbditos con amistad y amor de Padre". Sus restos mortales reposan bajo una sencilla lápida de piedra en la entrada de la sala capitular del monasterio que él fundara.

Por aquel mismo año en que el primer monasterio benedictino del Nuevo Mundo podía dibujar y esculpir ya su escudo abacial, dos sucesos se dieron en el puerto de San Salvador de Bahía que no pueden dejar de haberse comentado en los recreos de la novel comunidad y que interesan a este relato por remontarse sus antecedentes a los años 1580 y siguientes. Uno fue la llegada de algunos barcos del Sr. obispo de Tucumán, fray Francisco de Vitoria, cargados con cueros de vaca, sebo y otros productos agropecuarios de las pampas argentinas. El otro fue una gran ola que depositó en las playas de Bahía, estropeado y desnudo, asido de dos tablas, a uno de los más extraordinarios aventureros de aquella época, don Pedro Sarmiento de Gamboa, con siniestras nuevas de las dos ciudades que el rey Felipe II había hecho fundar en el estrecho de Magallanes. Ambos sucesos, por sus resonancias históricas y también religiosas, merecen ser tratados por separado.

Proceso al obispo del Tucumán (1577-1587).

Hemos tenido ocasión de seguir en parte las andanzas del primer obispo de la actual Argentina, el dominico fray Francisco de Vitoria, de origen portugués, pero al parecer también con un chorro de sangre conversa. Venido como grumete al Perú en 1560, había ingresado al convento del Rosario de Lima. A fines de la misma década lo hallamos en Roma y Madrid como procurador de la provincia dominicana del Perú. Presentado por Felipe II para la nueva diócesis del Tucumán, fue consagrado en Sevilla, antes de partir a América, como sucedería poco después con Toribio de Mogrovejo y muchos otros prelados de las Indias. A comienzos de 1580 lo vimos en Lima, junto al futuro obispo del Paraguay, Alonso de Guerra, dominico como él. A comienzos de 1581 se puso en viaje hacia su desconocida diócesis del Tucumán, pero se quedaría todo un año en Potosí, encantado, al parecer, con la intensa vida comercial y minera de aquella rica ciudad. En abril de 1582 debutó en su diócesis con la solemne ceremonia de la fundación de Salfa, donde a pesar de sus buenos propósitos, no congenió con el gobernador y fundador de la ciudad, Hernando de Lerma. De los buenos propósitos de Su Señoría sabemos por la carta que le había escrito al gobernador Lerma desde Potosí, en la que decía, entre otras cosas:

"Me da a mí contento que sepa la universidad de ese pueblo (es decir, todo Santiago del Estero) que el obispo y el gobernador es una misma

cosa y no ha de haber entre los dos ni un sí, ni un no".¹¹

Por desgracia, ya en su primer encuentro con Lerma en la fundación de Salta, hubo tal cantidad de "sí" y de "no" entre ambas potestades, que el gobernador terminó amenazando al obispo con "ahorcarlo de un algarrobo, junto con los demás clérigos y frailes"¹². Bajo tan nublados auspicios el Sr. obispo no lo pasó muy bien en sus primeros meses en Santiago del Estero. El concilio limeño, convocado para el 15 de agosto de 1582, proporcionó al prelado buena ocasión para distanciarse muy pronto de su ciudad episcopal. Su ida a Lima fue una verdadera fuga "con dos solos compañeros cien leguas por tierras de guerra"¹³.

Su aparición en el aula conciliar, con seis meses de retraso, junto al también rezagado obispo de Charcas, Alonso Avalos de Granero, no fue más afortunada que sus estancias en Salta y en Santiago del Estero. "De su ausencia, observa significativamente el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo, fuera más servido Dios nuestro Señor, que de su presencia"¹⁴. Y no era para menos, pues ya a los dos días de su llegada el Sr. obispo del Tucumán se había convertido en implacable líder de la oposición contra el arzobispo limeño. Así aquellos meses de marzo y abril de 1583 fueron los más aciagos de los catorce meses que iba a durar la magna asamblea, pues amén de la muerte del obispo de Quito fray Pedro de la Peña y del virrey don Martín Enríquez, el 9 y el 12 de marzo respectivamente, las cosas fueron llevadas a tan exasperantes extremos por el tucumano perseguido, convertido súbitamente en perseguidor, que el arzobispo terminó por fulminar con la excomunión a sus colegas recalcitrantes. Sólo la gran paciencia y humildad del santo arzobispo, que optó por levantar la excomunión sin ninguna señal de arrepentimiento de los rebeldes, lograron evitar la clausura prematura del concilio. Si en el conflicto Lerma-Victoria el juicio de la historia ha sido adverso al gobernador, en el conflicto Francisco de Vitoria-Toribio de Mogrovejo no hay absolución posible para el desenvuelto prelado tucumano. Baste el solo documento de recurso a la Real Audiencia de Lima, presentado por el obispo contra el arzobispo, para ver qué puntos calzaba su moralidad, dice en él:

"El arzobispo (Toribio)..., usurpando autoridad apostólica que por ningún derecho le compete, con gran desacato de Vuestra Real persona, a cuya llamada soy venido con los demás prelados a esta ciudad... siendo así que él no es juez ni superior de este Concilio (sic!), tomando lo que no es suyo ni le compete, con ánimo diabólico, alborotando a esta república no como padre y pastor, sino como dissipador de la paz cristiana... me declaraba por descomulgado por no le haber entregado ciertos papeles que el Concilio... me dio en fiel custodia... Y ahora, interpretando con depravado juicio los sagrados cánones, quiere hacerse superior del Concilio, haciéndose señor de los dichos papeles él sólo, para cumplir sus apetitos y dilatar la obra santa de la prosecución del Concilio por sus intereses, en perjuicio de la república cristiana de este reino"¹⁵.

11. A.de Egaña, Historia de la Iglesia en la América Española, BAC, Madrid 1966, pg. 112.

12. o.c., pg. 113.

13. o.c., pg. 113.

14. J.G.Durán, El Catecismo del III Concilio provincial de Lima, Univ. Cat. Bs. As. 1982, pg. 129.

15. o.c., pg. 175, nota 98.

Hay un segundo cargo que se suele hacer al obispo Vitoria y fue el mismo Felipe II el que se lo echó en cara: sus "granjerías", es decir, su marcada preferencia por las actividades comerciales. Juan Guillermo Durán, en su notable obra sobre el Concilio Limense, afirma: "Evidentemente fray Francisco no había nacido para el oficio pastoral. Su temperamento lo impulsaba más a prestar atención a lo material y económico de sus grandes empresas comerciales, que a los intereses propios de sus funciones episcopales" (o.c.pg.166, nota 26). Abonan esta crítica las largas permanencias de Su Señoría en Potosí y sus expediciones comerciales a Bahía del Brasil y a Chile. Fue esto lo que impulsó a Felipe II a dirigir al obispo una fuerte reprimenda epistolar, haciéndole sentir su regio disgusto por aquellas "granjerías", indignas de un sucesor de los apóstoles y aconsejándole que en vez de andar en tantos tratos mercuriales se abrazase resueltamente a la pobreza de Cristo.

Con todo, más benigno resulta el juicio del que se traslada en compasiva imaginación a las inmensas y polvorientas planicies tucumanas, sus desiertos de sal, sus espinosos bosques, que en lentísima carreta surcaba el abandonado Sr. obispo Vitoria en su primera visita pastoral de la diócesis, el año 1586, poniendo por obra lo preconizado por el reciente concilio. Sólo 153 españoles vivían en aquellas extensiones y 34.000 indios, repartidos entre Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Nra. Sra. de Talavera, Lerma (Salta) y Córdoba. Los diezmos se daban en especies, que resultaban inútiles a Su Señoría, a no ser que se trocasen por cosas necesarias para el progreso de la diócesis. De allí entonces las expediciones, por mar a Bahía y por tierra a Chile. Su Señoría vivió personalmente pobre y el producto de sus arriesgadas y criticadas gestiones comerciales sólo los gastó en su catedral, sus parroquias y el sustento de su escasísimo y pobre clero. Más que reprochar a Vitoria estas iniciativas habría que decir que revelaban visión de futuro.

La expedición de las naves episcopales a la ciudad de Bahía no sólo fue —al menos en su primera parte— un éxito, sino que también incluyó un nuevo mérito del vilipendiado obispo tucumano. Vinieron en ellas los cinco primeros misioneros jesuitas que el Sr. obispo había obtenido del provincial de la Compañía en Brasil, que unidos a los otros dos que previamente había conseguido en Lima, impulsaron un hasta entonces desconocido dinamismo misionero en el Tucumán y el Río de la Plata. El que con tanta naturalidad recurriese a religiosos del Brasil para misionar en la Argentina, sin duda tiene que ver con el origen portugués del primer obispo del Tucumán; pero también era una consecuencia lógica de la unión de España y Portugal, lograda precisamente en esos años.

Esta unión iba a tener por otra parte una consecuencia nefasta en las misiones jesuíticas del Paraguay y Alto Paraná: cuando cuarenta años más tarde los banderantes de São Paulo comienzan a asolar las reducciones, no se va a sentir esto en España sino como una reyerta entre dos jurisdicciones provinciales. Sólo Hernandarias, "hijo de la tierra" como su pariente Roque González de S.ta Cruz, reconocería la verdadera dimensión de estos conflictos, es decir, su carácter de invasión invalidante del tratado de Tordesillas. Todo esto aún no lo podía prever el obispo del Tucumán al traer de Bahía a jesuitas portugueses.

Por lo demás, la flota episcopal, al retornar del Brasil con su valioso cargamento en metálico y en mercancías y sus jesuitas, en la misma entrada del Río de la Plata cayó en las rudas manos de los piratas ingleses, probablemente los del célebre Tomás Cavendish. Despojados hasta de sus sotanas, los jesuitas fueron abandonados en la costa y así llegaron a Buenos Aires, mientras los ingleses se alejaban con todas

las granjerías diocesanas tucumanas.

Desalentado por este y otros fracasos, el obispo Vitoria, que ya en 1584 había presentado su renuncia al rey, se retiró de nuevo a sus querencias de Potosí a fines de 1587, entregándose de lleno a la vida mercantil. En 1590 pasó por última vez por su ingrata diócesis y pasando a Buenos Aires, se embarcó a España. Dos años más tarde moriría en el convento dominico de Atocha, en Madrid, muy olvidado de los sinsabores que él había causado a Sto. Toribio diez años antes, en el famoso concilio, pero también de los que a él le había causado la pobreza de su lejana diócesis del Tucumán.

Fray Francisco de Vitoria es la encarnación de aquellos no pocos religiosos que se dejaron desalentar por las ingentes contrariedades de la evangelización del Nuevo Mundo, y eso no tanto por aquellas contrariedades en sí, sino por la carencia de virtudes adecuadas para transformarlas en estímulo de santidad.

De ingleses, de piratas y de piratas ingleses.

Para entrar en el segundo caso que agitó el ambiente de la capital del Brasil en los años en que fray Antonio de Ventura y sus ocho monjes edificaban en ella su monasterio, es decir, en el caso de Pedro Sarmiento de Gamboa y las ciudades del estrecho de Magallanes, debemos retroceder a la Inglaterra de 1580, la Inglaterra de Isabel I, de Shakespeare —que en 1582 se casaba—, de piratas y de mártires. En dicho año, a tres días del mes de noviembre, fondeaba en el puerto de Plymouth la nave "Golden Hind" ("Cierva de Oro") de Francis Drake, después de haber saqueado con ella en plena paz las posesiones españolas de las Indias y haber dado la vuelta al mundo en un viaje de tres años (1577-1580). El embajador español en Londres exigió restitución, ya que oficialmente no había guerra entre España e Inglaterra. Para Francis Drake las cosas se habían hecho según el cínico principio "No peace beyond the line", en buen romance: aunque en Europa regían las formalidades diplomáticas entre los dos países, más allá de la línea del Ecuador todo estaba permitido. La reina Isabel devolvió cierta suma para guardar las apariencias, pero confirió al corsario el título de "Sir" y lo cubrió de favores. Toda Inglaterra vibraba con las extraordinarias aventuras del grande y audaz marino, el cual acabó de poner en su escudo de armas la figura del globo terráqueo, con la jactanciosa e inexacta divisa "Tu primus circumdedisti me" (Tú fuiste el primero en rodearme), olvidando, quizás intencionalmente, que este "primero" no había sido él, sino el español Sebastián Elcano, compañero de Hernando de Magallanes.

Si en Inglaterra hubo olas de entusiasmo, en América y en España las hubo de pavor e indignación. El virrey del Perú, Francisco de Toledo, había armado de inmediato barcos de guerra, los había puesto en manos de su hombre de confianza Pedro Sarmiento de Gamboa y le había dado a éste terminantes instrucciones de "si encontráredes o tuviéredes noticias del navío en que va Francisco Dráquez, corsario inglés, que ha entrado en esta mar y costa del Sur y hecho los daños y robos que sabéis, procuraréis de lo prender, matar o desbaratar, peleando con él, aunque se arriesgue cualquier cosa a ello"¹⁶.

16. F.A. Encina, Historia de Chile, II, 81°.

La conmoción era enorme. Hasta en el pobre Chile el gobernador Rodrigo de Quiroga había sacado fuerza de flaquezas y había ordenado apresurar la terminación de un pequeño bergantín que se estaba haciendo en los astilleros de Valdivia y que aunque fuera a fuerza de remos iba a lanzarse contra la insolencia del inglés.

La Audiencia de Charcas, a su vez, había denunciado al rey este nuevo "peligro luterano" en los católicos Mares del Sur. Drake se había burlado perfectamente de sus vociferantes enemigos no retornando a Inglaterra por el estrecho de Magallanes, sino escapando por el Pacífico, las Indias orientales y doblando el cabo de Buena Esperanza.

Tan descaminada no iba la Real Audiencia de Charcas al denunciar en Drake un "peligro luterano". En realidad, se personificaba en el audaz corsario una actitud religiosa diametralmente opuesta a la católica. Frente a la teología de la Cruz de un Cervantes, un Camoens, un Felipe II, hacía su aparición con Sir Francis Drake y demás compañeros corsarios, una teología del éxito; de un éxito no meramente militar o económico, sino ante todo revelador de una bendición, de una predestinación divina. No en vano Drake llevaba en su escudo una segunda y muy significativa divisa: "Divino auxilio", es decir: "Con el auxilio de Dios". Para él y toda Inglaterra, aquel medio siglo de una vida de permanentes victorias sobre los "papistas" españoles sería una demostración irrefutable del favor divino.

Don Quijote no era un simple loco, sino ante todo un hombre que supo llevar con dignidad y fe sus innumerables fracasos; en cambio, los personajes de Shakespeare perseguirán con adusta implacabilidad el éxito y en su consecución se les irá la vida. La derrota de la Invencible Armada en 1588 frente a la marina inglesa, en la cual, mandando como vicealmirante una de las divisiones, se encontraba por supuesto Sir Francis Drake, es en ese sentido todo un símbolo: es la derrota del mundo de Cervantes y de Camoens por el mundo de Shakespeare.

Y ello es también un acontecimiento de tipo teológico. Eliminada por Lutero y Calvino la santidad como móvil principal de la vida del cristiano, era necesario descubrir otro "sacramento" de la benevolencia divina en la vida humana y eso —guiándose por indicios vetero-testamentarios— era el éxito, ante todo en el aspecto económico. ¿No era David el elegido por Dios porque en todas sus empresas tenía éxito y Saúl el reprobado, porque todo le salía mal? Y en el caso de José de Egipto ¿no era evidente que su especial relación con Dios no se declaraba tanto en oraciones y actos de culto, como en la prosperidad que brotaba de sus manos? No cabía en la mentalidad del protestantismo victorioso y de la Inglaterra pujante del siglo XVI ningún quijotismo, ni laico ni religioso.

Por eso tampoco cabían los católicos en la Inglaterra de Isabel Tudor, hija de un rey lujurioso y de una mujer sin escrúpulos y, sin embargo, absolutamente victoriosa. En 1581, sabiendo que ya podía pisar fuerte frente a Felipe II, había declarado que toda conversión al catolicismo equivaldría a un delito de alta traición. No quiso comprender esto un joven y brillante diácono anglicano llamado Edmundo Campion, quien después de haber retornado a la fe de Agustín de Canterbury, de Beda, de Bonifacio, de Alcuino, de Eduardo, había escapado a Douai, donde hacían sus estudios los ingleses que aspiraban al sacerdocio católico. En 1573 fue a Roma, donde ingresó a la Compañía de Jesús, haciendo su noviciado en la provincia de Bohemia. El cardenal Allen, fundador del colegio inglés en Roma, sugirió al Papa Gregorio XIII enviar jesuitas a Inglaterra. El audaz joven Edmundo en 1580

entró disfrazado de mercader a su patria, sin privarse antes del deportivo placer de pasar algunos días en la misma Ginebra. En Inglaterra se entregó a un agitado y peligroso apostolado, celebrando misas y reuniones clandestinas. El 27 de junio de 1581 tuvo el atrevimiento de repartir sobre las bancas de la principal iglesia de Oxford, bien impresas, sus "Diez razones" en favor de la fe católica y refutación de la herejía. Isabel Tudor, que prefería los atrevimientos de Drake y de Raleigh, mandó seguir la pista del jesuita. El 16 de julio de 1581 éste celebraba su última misa en Lyford, terminada la cual fue arrestado y conducido esposado a la torre de Londres. Sometido a salvajes torturas, no quiso sin embargo hacer la confesión que sus perseguidores anhelaban sonsacarle, es decir, la de estar tramando una rebelión contra la reina. A pesar de eso, el 14 de noviembre Edmundo Campion era sometido a juicio público en Westminster Hall y el 1º de diciembre de 1581 subía al cadalso de Tyburn en Londres, donde fue cuidadosamente descuartizado y finalmente decapitado. Unas gotas de su sangre cayeron sobre uno de los muchos espectadores de la cruel ejecución, el adolescente Enrique Walpole. Este a su vez se haría jesuita y también moriría como mártir catorce años más tarde.

¡Qué desperdicio! habrá pensado Sir Francis Drake, que en esa época estaba empeñado en armar una nueva flota de nada menos de 25 barcos y 2.300 tripulantes para emular los resonantes éxitos de su anterior vuelta al mundo, con nuevas victoriosas expediciones contra los odiados españoles. 600.000 libras esterlinas iban a ser las ganancias líquidas de esta nueva demostración del "divino auxilio".

Muerte en el Estrecho

El 10 de octubre de 1579, en el puerto de Callao, don Pedro Sarmiento de Gamboa estaba listo con sus dos naves para hacerse a la vela y buscar al pirata "Francisco Dráquez". El y toda la tripulación se confesaron y el día 11 a las 4 de la tarde, "en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero" enfilaron hacia el gran océano. Por de pronto, aunque navegaron hasta el grado 50 de latitud Sur, no encontraron a ningún "luterano inglés", porque Drake, previendo esta persecución, ya había partido por el Pacífico hacia las islas Molucas. La nave "San Francisco", mandada por Juan de Villalobos, fue apartada por un temporal de la nave "Nuestra Señora de la Esperanza", en que iba Pedro Sarmiento de Gamboa. Este, mientras tanto, había llegado a la altura del Estrecho de Magallanes y comenzó a explorarlo. El 12 de febrero de 1580 tomó de nuevo posesión de las tierras en nombre del rey de España y con esa ocasión se celebró en el Estrecho la primera misa. Estando en la boca oriental del paso el marino, en vez de retornar al Perú, decidió poner proa a España y pasando por las islas de Cabo Verde y las Azores, llegó a la Peínsula en agosto de 1580. Por aquella época, como sabemos, Felipe II y su esposa Ana de Austria se encontraban en Badajoz. En esta ciudad y recién repuesto de su grave enfermedad, en septiembre de 1580, el rey recibió a Pedro Sarmiento de Gamboa y escuchó sus relatos, en el que el centro de interés se había desplazado de la persecución de Drake a la necesidad de colonizar el Estrecho de Magallanes, que según él, era un paraíso de buen clima y fertilidad. El duque de Alba, que en esos días había retornado victorioso de Lisboa, desconfió de las entusiastas descripciones de Sarmiento de Gamboa, que ya veía convertidas las tierras australes en inmensos trigales y huertos cargados de toda suerte de frutas. Pero el rey creyó más en el que acababa de venir de esas latitudes y ordenó de inmediato aprestar una expedición de 4.000 hombres, bajo las órdenes de Diego Flores de Valdés como general y de Sarmiento de Gamboa como nuevo gobernador. De los 4.000 hombres seiscientos irían a Chile con el

nuevo gobernador don Alonso de Sotomayor, a socorrer al atribulado reino que luchaba "por sola su vida", al decir de su gobernador don Rodrigo de Quiroga. El resto poblaría y fortificaría el estrecho de Magallanes para cerrar por siempre el paso a bandidos como Drake.

Al igual que Cervantes, Sarmiento de Gamboa era natural de Alcálá de Henares y muy joven había pasado al Perú. Unos anillos cabalísticos, aptos "para tratar con mujeres y haber gracia con ellas", que había dado al virrey conde de Nieva, antes de que este fuera acuchillado por un marido ultrajado, habían dado con él en las cárceles de la Inquisición en Lima. Abjuró de sus cábalas y nigromancias y después de varias aventuras se ganó la confianza del virrey don Francisco de Toledo, que lo llevó consigo en su dilatada visita por el virreinato entre 1570 y 1574. Producto de otro encargo virreinal fue una crónica y descripción del imperio de los incas, que con talento puso por escrito. "Es el hombre más hábil de ésta materia que yo he hallado en ella" escribe el virrey Toledo a Felipe II. Por esta habilidad y por la notable dosis de arrojo que asomaba en sus actos, el virrey le había encomendado también la persecución del corsario Drake, persecución que, como hemos visto, no acabó en una batalla naval, sino en otra, de tipo más bien verbal, contra los argumentos del duque de Alba, en presencia de Felipe II y de sus cautos consejeros, para convencer a la corona de la necesidad y utilidad de colonizar ese paraíso que era la Patagonia y ante todo ese canal de delicias que era el estrecho de Magallanes.

El 25 de septiembre de 1581, pocos días antes de que en Lisboa se reuniese el cuarto capítulo general de la congregación benedictina lusitana, para emprender la fundación monástica de ultramar, salía de San Lúcar de Barrameda la armada de 23 naves y 3.000 hombres al mando de Diego Flores de Valdés y Pedro Sarmiento de Gamboa, destinada a colonizar antárticas regiones y clausurar para siempre el tránsito al Pacífico de los nuevos hombres de empuje y éxito que Inglaterra lanzaba a los mares del mundo, quemando pacíficas ciudades y derramando sacrilegamente los copones de las iglesias. Cinco de las naves transportaban a los 600 soldados destinados, a Chile, junto a su nuevo gobernador. En la misma barra de San Lúcar un furioso temporal hundió cuatro naves y ahogó o permitió la disimulada fuga de 800 personas. El 9 de diciembre de 1581 la flota, reducida a 16 navíos y 2480 personas, zarpaba de nuevo. 228 personas iban destinadas a formar el núcleo poblador de las ciudades-fortalezas que se iban a fundar: 167 hombres, 30 mujeres, 21 muchachos y 10 frailes. Los soldados para Chile se habían reducido de 600 a 520. El heterogéneo conjunto llegó a Río de Janeiro el 25 de marzo de 1582, donde se quedó siete meses para esperar el verano austral. Durante esos siete meses se produjo el cambio del calendario y se tuvo noticias de la llegada de los monjes a Bahía. Pero otra nueva era de carácter más alarmante; también en el Brasil estaba haciendo estragos la epidemia de influenza que tantas vidas había cobrado en España y Portugal. Por lo tanto allí, a la vista del Pan de Azúcar y de la paradisíaca bahía de Guanabara, que según Sarmiento de Gamboa no era más que un pálido reflejo de lo que les esperaba en la Tierra del Fuego, allí, pues murieron 150 expedicionarios de lo que los escritos de la época llamaban "mal del seño", seguramente por los fuertes dolores de cabeza de la mortal epidemia. En el puerto carioca se encontraron también con fray Juan de Ribadeneira, provincial franciscano del Tucumán, que volvía de España con 30 frailes, destinados mitad y mitad para Chile y el Tucumán. En 1566 fray Juan había fundado el primer convento franciscano en Santiago del Estero y era "persona muy compuesta e de buena vida e costumbres, amado en toda la tie-

rra por el buen ejemplo que ha dado en ella”, según informe del gobernador. Los frailes siguieron su viaje en un buque especial, antes que la flota magallánica, que zarpó de Río de Janeiro el Día de Todos los Difuntos, 2 de noviembre de 1582, con dos buques menos. Vientos adversos retardaron la navegación hasta el punto de que el 15 de diciembre se encontraban sólo a la altura de 27 grados, más o menos frente a la isla de Sta. Catalina. Allí dieron con los franciscanos de fray Juan de Ribadeneira, que, oh espanto, oh indignación, oh rayos que nos partan, habían sido interceptados, saqueados y luego abandonados por piratas ingleses. Esta vez el malhechor había sido el corsario Edward Fenton, que en mayo de 1582 había zarpado de Inglaterra con todos los buenos augurios de Isabel I y el 1º de diciembre, sin contratiempo alguno, estaba agazapado junto a la isla de Sta. Catalina. Nada más que esperar un poco, tendidos bajo las palmeras, y el 7 de diciembre caía mansamente en sus manos el barquichuelo de los seráficos misioneros. Despojados de sus pobreza y privados incluso de sus dos prácticos de a bordo, que se llamaban Juan Pérez y Juan Pinto, el feroz inglés les dejó una frágil embarcación en que los animosos hijos de San Francisco decidieron seguir adelante. Fue entonces que toparon con la flota de Flores de Valdés, que a su vez había sufrido el naufragio de la “Sta. Marta” y la desertión de 60 hombres. Llorando sus comunes desventuras, todos pusieron proa al puerto de Sta. Catalina (la actual Florianópolis), al que llegaron el 16 de diciembre de 1582, no sin perder antes dos otras naves con toda su artillería y bastimentos. Muchos tripulantes prefirieron quedarse en las blancas playas y bajo las palmeras de Sta. Catalina, y lo hicieron con o sin licencias oficiales. Flores de Valdés se hallaba con los ánimos por los suelos, no así don Quijote-Pedro Sarmiento de Gamboa, quien a las cavilaciones del general respondió con cólera que “Dios socorre a los que en El confían, haciendo de su parte lo que en sí es”. Sin embargo el abatimiento de Flores de Valdés, que había venido contra su voluntad a la expedición, reflejaba fielmente el de la mayoría de los implicados en la aventura. El mismo Sarmiento de Gamboa observa:¹⁷

“A todos se les salía el alma por volverse a España y daban al diablo a Sarmiento y a quien lo parió, que decían que no los dejaba volver a cargar de Brasil, azúcar y cueros, como si Su Majestad hubiera gastado 800.000 ducados para que ellos viniesen a ser curtidores y confiteros y similia y quien en oficios bajos y tan mercuriales se cría mal puede hacer buena cara a la fortuna, trabajos y buena soldadesca; y si con semejantes hombres los reyes de gloriosa recordación antecesores de Su Majestad hubieran de conquistar las Indias, bien poco de ellas hubiera hoy el rey de España con qué sustentar la santa Iglesia de Dios”.

Galvanizado con estas arengas, entre despectivas y heroicas, se levantó Flores de Valdés para zarpar de Sta. Catalina el 7 de enero de 1583, con 9 naves, de las que una naufragó en seguida. Otras tres naves con 600 hombres las había dejado al mando de Andrés de Equino en Sta. Catalina, con orden de trasladarse al puerto de S. Vicente (Santos) para reparar desperfectos. Equino salió el 18 de enero de Sta. Catalina y navegando hacia el Norte llegó el 24 al puerto de Santos. Allí, detrás de una isla, los estaba esperando el pirata Fenton, el cruel despojador de los frailes. En el combate naval que se trabó, los españoles perdieron una nave y los ingleses escaparon con sus dos prácticos españoles a bordo.

17. F.A. Encina, Historia de Chile, II, 88-89

Mientras tanto, el 19 de enero, a la altura del Río de la Plata, después de una deliberación entre Flores de Valdés, Sarmiento y el gobernador de Chile, Alonso de Sotomayor, se decidió que este último se dirigiera con tres buques, sus 520 soldados y unos 280, entre marineros y otras personas a Buenos Aires, para continuar por tierra el viaje a Chile. En este grupo, que desembarcó en Buenos Aires a fines de enero de 1583, iba el P. Juan de Ribadeneira, quien después continuó viaje a Tucumán, donde escribió un vívido relato de sus peripecias. Ya hemos visto, como a su vez a Alonso de Sotomayor le tocó castigar la muerte de Juan de Garay en las regiones al Sur de Santa Fe, antes de seguir viaje al Cuyo, llegando a San Juan el 12 de abril de 1583.

Flores de Valdés y Sarmiento de Gamboa, siguieron con cinco naves rumbo al estrecho de Magallanes, a cuya boca oriental llegaron el 16 de febrero de 1583. Fueron más fuertes las furias de los elementos y la pusilanimidad de Flores de Valdés que el arrojo y la pertinacia de Sarmiento de Gamboa y todos tuvieron que volverse, más muertos que vivos, a Río de Janeiro, adonde llegaron el 9 de mayo de 1583. Habían llegado refuerzos de España en forma de cuatro navíos con bastimentos, enviados por el rey desde Lisboa. Pero entonces la separación de los dos compañeros de infortunios llegó a ser definitiva y Flores de Valdés retornó aliviado a España.

No así nuestro tenaz don Pedro, que el 1° de febrero de 1584 se encontraba otra vez, con cinco buques, frente a la boca del Estrecho y que el 4, con una cruz grande en una mano y en la otra con su espada, saltó a tierra con sus nombres:

“Con gran contento fueron a tierra y saltando en ella, hicieron todos oración de rodillas, dando gracias a Dios Nuestro Señor, que los había dejado poner pies en tierra, con gran devoción y lágrimas de regocijo.”¹⁸

Siguió la acostumbrada ceremonia de toma de posesión, realizada por Pedro Sarmiento con vivísima emoción y en la que anunció que el Estrecho de ahora en adelante se llamaría de la “Madre de Dios”, más exactamente, de la “Purificación de Nra. Sra.”, dada la proximidad de la fecha del 2 de febrero.

El 11 de febrero de 1584 fundó la primera ciudad que llamó “Nombre de Jesús”, poblándola con 182 soldados, 59 marineros, 74 hombres, 13 mujeres casadas y 10 niños. El 25 de marzo siguió la fundación de la segunda, llamándola “Rey don Felipe”, que estaba situada en la costa de la actual península de Brunswick, dentro del Estrecho. Pasada la primera euforia y también el verano con sus largas luces, las condiciones de vida en las dos ciudades se tornaron cada vez más difíciles. A medida que avanzaba inexorablemente el invierno austral y el predominio de la noche, todos comenzaron a percatarse de que la muerte por hambre y por frío los estaba rondando. Nada de eso impactaba al infatigable gobernador, para el cual todo tenía salida con tal de conseguir refuerzos en el Brasil. El 29 de julio de 1584 Pedro Sarmiento de Gamboa estaba, pues, de vuelta en Río de Janeiro, habiendo apaciguado los ánimos de los pobladores del Estrecho con la promesa de llevarles suficiente ayuda. Salvador Correa de Sáa, que entonces gobernaba Río de Janeiro, puso gran empeño en auxiliar a los 300 colonos del Sur, pero el barco que envió en diciem-

18. o.c., II, 91.

bre de ese año no pudo llegar a su destino, debido a los temporales de siempre.

Percatándose al fin del sesgo que iban tomando las cosas, Sarmiento escribió diez alarmadas cartas a Felipe II pidiendo, exigiendo, auxilios para su gente del Estrecho. Mientras tanto, para aprovechar el tiempo, llevó palo del Brasil a Pernambuco, para canjearlo por harina de mandioca y otras mercancías que pensaba llevar a sus australes pobladores. De Pernambuco enfiló hacia Bahía, con el propósito de mejorar sus entradas y provisiones. En las costas de la capital de Brasil un naufragio total, al que hemos aludido más arriba, lo privó de todos sus esfuerzos. Toda Bahía se enteró de labios del desnudo náufrago de la plañidera situación de las ignotas ciudades del Austro y de la suma urgencia que había en socorrerlos. Los baianos, que tan generosos se habían mostrado con los monjes en la edificación y dotación del primer monasterio, se cuadraron con Sarmiento, desde el gobernador hasta el último fraile y soldado, para juntar los recursos necesarios. Es muy probable que nuestro desventurado pero nunca desanimado caballero andante magallánico pasara por el monasterio de Sao Sebastián y rezara allí junto a los monjes. Nuevamente se puso en trance de navegación a bordo de una nave cargada de abundantes auxilios brasileros y el 13 de febrero de 1585 estaba otra vez frente a la ya muy conocida boca oriental del Estrecho. Sobre lo que pasó entonces mejor es que le dejemos la palabra a él mismo:

“Nos sorprendió una tormenta tan espantable, que fue juzgada por la más terrible que hubimos visto, que todos los elementos andaban hechos un ovillo... Y comenzó con un trueno y rayo que quebró sobre nuestras cabezas, tan bajo y horrible, que pareció haberse abierto el mar en un abismo de fuego, quedando todos atronados y fuera de sentido. Nos mirábamos unos a otros y no nos conocíamos. Y cada ola nos conveía y una nos anegó por la cuadra siniestra de popa y metió el bordo de la diestra hasta media puente debajo de la mar.

Entonces todos nos tuvimos por ahogados ya y gritando a Dios, nos pusimos a trabajar, echando a la mar el ganado y lo demás que estaba en la cubierta, cajas, vestidos de cueros; y con esto la naveta comenzó a enderezarse por la misericordia de Dios, y comenzamos a correr, árbol seco (e. d., sin velas), donde el viento quería. Y fueron tan terribles los golpes de la mar, que reventó los barraganetes del navío y los abrió, de suerte que jugaba la cubierta de popa. Y viéndonos sin remedio humano, confiados en Dios, desnudos, echamos a la mar la mayor parte de la harina y con cablotes de yerbas que echamos por debajo del navío, lo ligamos por cima con tortores y garrotes a fuerza de cabestrante. De esta manera íbamos por debajo de la mar y como el viento que fue suroeste, la tormenta creció y con este furor, por la misericordia de Dios, tornamos 51 días hasta entrar en el Río de Janeiro; gracias a Dios, que nos salvó destas como de otras”. (oc. pg. 101).

A salvos ya en Río de Janeiro, se produjo un motín a bordo, que el gobernador, primero con persuasivas palabras y después con la espada en la mano, desbarató. Fueron 23 a 24 hombres que Sarmiento “a cuchilladas metió bajo cubierta, hiriendo al más atrevido y arremetiendo a los otros, los desarmó y los hizo venir más blandos que la cera”. También esta sombría escena nos revela la talla de aquel hombre, absolutamente fuera de serie.

Corrían los meses y las cálidas horas del Brasil, y no llegaban nuevas ni del Estrecho ni de España. En Bahía los monjes habían prosperado lo suficiente como para pensar en una nueva fundación. En 1586 el abad Antonio Ventura envió a Olin-da a uno de los primeros fundadores y vocación del Brasil, fray João Porcalho, para levantar una segunda casa de San Benito en el "Portugal de ultramar".

De acuerdo con Salvador Correa de Sáa, Sarmiento se dirigió en abril de aquel mismo año a España. El 11 de agosto, entre las islas Terceira y San Jorge, sin miramiento alguno por Santa Clara, cuya fiesta celebraban en ese día los católicos, tres naves piratas inglesas apresaron al desesperado fundador de "Nombre de Jesús" y "Rey don Felipe", y a su tripulación. Les quitaron cuanto llevaban, sin hacer excepción de la ropa. En seguida los impasibles británicos los hicieron pasar a la nave capitana. Allí

"los tomaron a desnudar en cueros y descalzos y darles tales tormentos con fuego y garrotes, que les rompían las puntas y cabezas de los dedos de las manos para que dijesen si traían plata o moneda" (o.c. II, 102).

Finalmente los piratas soltaron a la tripulación, pero sospechando la importancia de Sarmiento de Gamboa, lo llevaron consigo a Plymouth. El 15 de septiembre de 1586 tuvo lugar otra memorable escena de nuestro relato: Sarmiento era presentado al dueño de la escuadrilla pirata, que resultó ser nada menos que Sir Walter Raleigh. Los hombres nuevos de la reina no sólo eran audaces, duros, sin escrúpulos, sino antes que nada muy corteses, gentlemen al mismo tiempo que bandidos. Raleigh encontró mucho gusto en la personalidad y los relatos de su prisionero, le regaló ropa elegante, lo sentó a su mesa y lo colmó de toda clase de atenciones. Finalmente lo llevó a Londres, para presentarlo a la misma reina. Isabel I quedó encantada de Sarmiento de Gamboa y sostuvo con él un coloquio en lengua latina durante una hora y media. Después le obsequió dinero y extendió un salvoconducto para que pudiese regresar a España. También la reina sabía ser muy fina con su contrincante Felipe II.

En el camino de Flandes a España, pasando por la Francia ensangrentada por guerras de religión, en diciembre de 1586, Pedro Sarmiento de Gamboa es apresado por una compañía de soldados hugonotes, que lo meten en prisión y exigen para su rescate una suma sideral, que Felipe II se niega a pagar. En su húmedo e infernal encerramiento, "privado de toda comunicación humana, acompañado de música de ratones y sapos", el ex-gobernador del Estrecho de la Madre de Dios quedó tullido, encaneció y perdió todos los dientes. Pasando los años sus carceleros empezaron a transar un poco en la suma del rescate, pero ya en España no había mucho interés por su persona. La última huella que dejó en este mundo el extraordinario hombre de acción fue un memorial del año 1591, en que le pide a Felipe II que "por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo" se acuerde de él y pague al fin los 6.000 escudos a que los protestantes habían reducido su inicial exigencia de 30.000.

Cristiano como era, no habrá dejado de aguijonear el corazón del que agonizaba en hedionda lobrete el pensamiento sobre la suerte de sus abandonados colonos de Nombre de Dios y de Rey Don Felipe. No andaba descaminado si se los figuraba en sus últimos extremos.

Poseemos un sobrecogedor relato del último y único sobreviviente de la so-

brehumana empresa de poblar el Estrecho, llamado Tomé Hernández, cuya esquelética figura sobresaltó a los tranquilos pobladores de Santiago de Chile, en abril de 1587; más que la noticia que les traía de que había de nuevo corsarios en la costa y de que él había logrado escapar del buque en que lo traían del Sur. Según este único testigo, a los tres meses de haberlos dejado Sarmiento de Gamboa, para buscar refuerzos y víveres en el Brasil, se les habían acabado los víveres y la leña a los pobladores de Nombre de Jesús. Pidieron auxilio a los cien habitantes de Rey Don Felipe, pero éstos se encontraban en idénticas condiciones. Nevaba y nevaba sin cesar y los sembrados, última esperanza, se habían helado. Comenzaron a imitar la vida de los patagones, dividiéndose en grupos de tres o cuatro para buscar mariscos en las costas y recogiendo de noche en sus cabañas. La mayoría se estableció cerca de la boca oriental del Estrecho, observando cada día el océano, sin que asomara buque alguno. Pasaron dos largos años y en invierno del año 1586 sólo sobrevivían 15 hombres y 3 mujeres; los demás habían perecido de hambre, de frío y de diferentes enfermedades.

Cuando por fin, en el primer mes de 1587, emergieron en el horizonte las velas de tres navíos, estos eran —oh burla del destino— las del corsario inglés Tomás Cavendish. Este al principio pensó embarcar consigo a los 18 espectros humanos que desde la desolada costa le lanzaban plañideros gritos; pero para aprovechar el viento que de improviso se tornó favorable, se hizo a la vela sin ellos, con la excepción de Tomé Hernández. El pirata avanzó por el Estrecho hasta el asiento de la ciudad Rey Don Felipe. Encontró en pie la iglesia y la horca, de la que pendía el cadáver de un español. Dentro de las casas los cuerpos estaban tendidos y conservaban sus ropas... Los ingleses tornaron a sus naves y continuaron viaje hacia el Pacífico.

Una vez que la muerte hubo celebrado su triunfo, también el Estrecho comenzó a perder su nombre de “Estrecho de la Madre de Dios y Purificación de Nra. Sra.” con que Sarmiento de Gamboa lo había rebautizado en los días de su efímera gloria y tornó a ser el “Estrecho de Magallanes” a secas.

La apoteosis de Sir Thomas Cavendish (1555-1592)

Tomás Cavendish, hijo de una antigua familia de Suffolk, era uno de los muchos ingleses cuyo patriotismo había vibrado con los inauditos éxitos de Sir Francis Drake y había decidido seguir sus pasos. Lo hizo casi literalmente, pues también atravesó el Estrecho —ignorando quizás que los españoles muertos con que topó en aquellas latitudes habían sido enviados precisamente para impedirselo. También asoló las costas de Chile, del Perú y de México y también retornó por las Filipinas, el Indico y el Cabo de Buena Esperanza, llegando a Plymouth en septiembre de 1588. Siendo el segundo marino inglés que había dado la vuelta al mundo, también pudo poner un globo terráqueo en el escudo nobiliario otorgado por una complaciente reina y también pudo blasonar con divisa en latín. Esta ya era más secularizada que la de su antecesor Drake, pues en vez de “Divino auxilio” pregonaba “Animum fortuna sequatur”, es decir, “Que la fortuna siga, corresponda al ánimo”. La exégesis de tal divisa retrata de cuerpo entero al distinguido corsario. Desglosando la concisión de su latín podría interpretarse del siguiente modo: “Mi ánimo es grande, poderoso, espléndido y por ello que ojalá, o más bien, probablemente, mi suerte, mi destino sea tan afortunado como ese ánimo”. La formulación ya es netamente antropocéntrica, dejando de lado los remilgos anglicanos de Drake, que aún sentía que debía agradecer al “Divino auxilio” los éxitos de sus

correrías. No, Cavendish no debería su fortuna a ningún poder extraterrestre. Era su ánimo, su formidable empuje de joven y apuesto pirata, el que como por una fuerza magnética hacía converger sobre él los favores del díscolo destino. En materia de prestancia y gallardía el filibustero no la cedía a nadie. Su retrato nos lo muestra de rizados y rubios cabellos, frente amplia, altivas cejas, apolínea nariz y un delgadísimo bigote sobre los labios, que confería a su rostro aquel dejo de insolente e irónico desplante que dejaba arrobadas a las mujeres. A estos dones externos unía una gentil cultura adquirida en las aulas de Cambridge y un patrimonio nada despreciable. Por razones que nos podemos imaginar muy bien ("Animum fortuna sequatur"!) entre los veinte y los treinta años Cavendish había derrochado esos bienes. Cuando, pues, el 21 de junio de 1586, zarpaba de Plymouth con tres naves, 123 hombres, víveres para dos años y una patente de Isabel I que lo autorizaba, en plena paz con España, para hacer lo que estuviera en su poder en orden a perjudicar a los españoles, no era sólo el ejemplo de Drake el que lo animaba, sino también el deseo no disimulado de rehacer e incrementar sus maltrechas finanzas. Sin dificultades de nota, sin contratiempos, sin temporales, se paseó por todos los pajes en los que dos o tres años antes Sarmiento de Gamboa y su gente no habían conocido más que desastres, y eso que el ánimo de Pedro Sarmiento de ningún modo era menos levantado que el de Cavendish. Este, que entonces no contaba más que 31 años, recorrió las costas americanas del Pacífico secuestrando, pillando y echando a pique unos veinte navíos españoles, entre ellos la "Santa Ana", con un cargamento de incalculable valor, que sin merma alguna cayó en las manos del inglés.

Mientras morían en las costas del Estrecho los últimos 18 seres humanos que él no había podido o querido embarcar (sólo Tomé Hernández le había servido de intérprete y se le había escapado en la bahía de Quintero en Chile), y Pedro Sarmiento de Gamboa perdía su dentadura y sus esperanzas de rescate en su húmedo calabozo hugonote, Tomás Cavendish cosechaba en las posesiones españolas una fortuna enteramente congruente con sus juveniles bríos y orondo daba la vuelta al mundo. Cuando el 9 de septiembre de 1588 fondeaba de nuevo en el puerto de Plymouth, se produjo una escena de auténtica apoteosis ante los millares de jubilosos compatriotas, que habían acudido a la noticia de que retornaba el gran héroe: todos sus marineros vestían de seda, terciopelo y sombrero de plumas, las velas del buque pirata eran de damasco y el palo mayor estaba chapeado de oro. No hace falta colegir en qué atuendo Thomas Cavendish se arrodilló poco después ante la reina Isabel, que con una espada golpeó ligeramente su hombro derecho y lo armó caballero, dándole el título de "Sir". Si se considera que los ingleses acababan de desbaratar la "Invencible Armada" de 130 naves, 3.000 marinos y 18.000 soldados que Felipe II, cansado de tantas depredaciones, había enviado a sus costas, podrá imaginarse la música de euforia que habrá sonado en los oídos de Sir Thomas Cavendish.

Y, sin embargo...

Podríamos ser tachados de hombres de poca fe si dejáramos la última palabra a los piratas, que en este torcido mundo no pocas veces tienen mucho éxito. Pero era necesario contemplar desprevenidamente la santidad que floreció, las grandes palabras que resonaron, las guerras y fechorías que se cometieron, los planes que alborotaron los corazones humanos, las audacias de los navegantes, la magnanimidad de reyes, las oraciones de los atribulados, las obras de arte que fueron con-

cebidas, las carretas que surcaban vastísimas pampas, los desvelos de los obispos, cuando sin decir palabra, como corresponde a hombres quitados de notoriedad y bulla, casi imperceptiblemente pasaron los monjes del Viejo al Nuevo Mundo y quedó enriquecida la Iglesia en América con aquel don inestimable que es la Regla de San Benito, aquella "Regula sanctissimi Benedicti, monachorum omnium patris almifici", impresa en Lisboa en 1586, en la imprenta de Antonio Riberio, con permiso de la Santa Inquisición, a expensa de la Congregación de San Benito de Portugal, como reza el título del primer ejemplar de ella que se leyó en las Américas.

Fueron aquellos los años en que el eminente jurista de Bolonia, Hugo Buoncompagni, decimotercer Papa con el nombre de Gregorio ocupaba la sede del apóstol Pedro (1572-1585). Junto con Pío V (1566-1572) y Sixto V (1585-1590), Gregorio XIII es nombrado en la lista de los grandes Papas ejecutores de la Reforma tridentina. Convertida su juventud algo borrascosa por San Carlos Borromeo, digno, mesurado, intachable a sus 71 años en que salió elegido, supo rodearse de excelentes colaboradores y apoyó decididamente la pujante Compañía de Jesús, cuyo templo principal en Roma, "El Gesù" consagró personalmente en 1583. Fortaleció la organización interna de la Iglesia desarrollando el sistema de las nunciaturas permanentes; transformó el colegio romano fundado por S. Ignacio de Loyola en la famosa Universidad gregoriana; desarrolló el colegio germánico y le unió el colegio de los húngaros en 1580. En 1579 había levantado el colegio inglés de Roma, patrocinado por el cardenal William Allen. También fundó los colegios griego, armenio y maronita y se preocupó en todo sentido por el fomento de los seminarios y universidades. Ya pasó por estas páginas su reforma del calendario y del martirologio y en aquel mismo año de 1582 hizo publicar la nueva edición refundida del Corpus juris canonici. Hay otros acontecimientos "gregorianos" en el año de la fundación de São Sebastian de Bahía: el Papa envió al jesuita Antonio Possevino con delicadas misiones diplomáticas al rey de Suecia y al zar de Rusia, que lo era entonces Iván el Terrible, y en aquel "undécimo año de su pontificado", el 21 de julio de 1582, consoló al atribulado fray Luis de Granada en Lisboa, haciendo un elogio de su obra teológico-espiritual y alentándolo a seguir escribiendo "para salud de los enfermos, esfuerzo de los débiles, contento de los que tienen salud y fuerza y para gloria de la militante y triunfante Iglesia"...

La "militante Iglesia" también había cobrado ánimos con el descubrimiento de las catacumbas en 1578, pues ello venía a confirmarla en la conciencia de estar en la tradición y el espíritu de la Iglesia antigua, punto que negaban con tanta vehemencia los innovadores protestantes. Al mismo tiempo la Iglesia se desarrollaba poderosamente en Oriente: los misioneros jesuitas llegaban en 1581 a las Filipinas, al año siguiente a la China milenaria y se afianzaban en el Japón.

En 1582, en Toledo, Domenico Theotocópuli, alias el Greco, pintaba su obra más famosa: el "Entierro del Conde de Orgaz" y en Salamanca fray Luis de León escribía su "Oda a Felipe Ruiz", que como una especie de versión castellana y renacentista de la visión que tuvo San Benito en Montecassino, cuando vio unido en un solo rayo de luz a todo el mundo, tan turbulento, terrible y maravilloso en 540 como en 1580, colocaremos, al menos en algunas de sus estrofas, al final de nuestro friso histórico, dedicado al tetracentenario de la llegada de los hijos de San Benito al Nuevo Mundo:

¿Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura, sin duelo?

Allí a mi vida junto
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar airada
la Providencia tiene aprisionada. (...)

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
ansí el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales. (...)

Veré este fuego eterno,
fuente de vida y luz, dó se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.